

En los cuentos de Anisi, el lobo que engaña a los cabritillos es el colonizador extranjero que es rechazado cuando enseña abiertamente sus armas pero seduce cuando promete infinidad de bienes de consumo sin enseñar la miseria que coexiste en su sociedad. También hay cuentos escritos en tono trágico como el de la pequeña cerillera: una alcohólica mendiga que en su juventud fue una recién licenciada llena de esperanzas y cuyos sueños se desvanecen ante la precariedad y el machismo de las relaciones laborales.

En el cuento “tres deseos” se nos explica cómo la reproducción social exige una adecuada proporción de inversión y consumo: una sociedad que no prevé sustituir sus medios de producción va a la ruina pero Anisi —como buen keynesiano— recuerda también la paradoja de la frugalidad ya que ciertamente en una sociedad capitalista el poco gasto de los consumidores puede ser motivo de crisis.

Estos y muchos otros temas —como el de las interdependencias económicas, el de la a veces absurda rápida obsolescencia tecnológica, el de la reducción de la jornada de trabajo, el de la pulsión acumuladora de dinero, el del desprecio social a los perdedores y diferentes,...- encontrará el lector en estos cuentos en los que hubiese sido sugerente también incluir alguno en que se ironizase sobre conceptos como “producir petróleo” o “producir pescado”. Sin duda se podría encontrar algún cuento en que inspirarse.

En definitiva, un libro de un economista original y socialmente comprometido, un divertimento que merece ser recomendado: muchas veces es en una sencilla comparación en donde se capta la esencia de los mecanismos económicos y de la injusta sociedad en que vivimos.

Jordi Roca Jusmet
Universidad de Barcelona



CUANDO EL FUTURO NO ESTÁ DECIDIDO

Enric Tello, *La historia cuenta. Del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*. Epílogo de Anna Bosch, Cristina Carrasco y Elena Grau, Barcelona. El Viejo Topo-Fundació Nous Horizons, 2005.

Nunca fue fácil combinar el rigor científico e intelectual en el análisis, con la pasión y la voluntad de cambiar y transformar —en sentido positivo— el

mundo que habitamos. Afortunadamente, *La historia cuenta* constituye un intento notable en este sentido, porque entrelaza con fuerte nudo y hábilmente ambos planos. Y además lo hace con la suficiente honradez intelectual como para ver, no sólo los indudables beneficios de llevarlo a cabo, sino también las dificultades de esta apuesta.

La historia cuenta, efectivamente, para muchas cosas, como nos recuerda Enric Tello. Como antidoto para que no se repitan acontecimientos dolorosos y brutales, o para mostrar que la evolución de los acontecimientos sociales pocas veces transita por carriles y trayectorias “naturales”. Que la mejora de las condiciones de vida y el bienestar de la población (o su *desarrollo humano* tal y como viene entendiéndolo desde hace tres quinquenios el PNUD de Naciones Unidas), no es siempre un resultado esperable y único del aumento en la producción de bienes y servicios, esto es, del crecimiento económico. De ahí la importancia del análisis histórico para mostrar que el *desarrollo humano* es, ante todo, consecuencia de innumerables luchas y esfuerzos conscientes de millones de personas que nos han precedido en ese objetivo. Por eso, entre otras cosas, “el esfuerzo por cambiar el mundo nunca es en balde”.

Pero este planteamiento histórico sirve también, por ejemplo, para constatar que el triunfo del enfoque convencional para explicar el mundo de “lo económico” ha tenido poco que ver con su calidad científica en términos comparativos. Al centrarse en la esfera de lo mercantil y monetarizable, la emergencia de la teoría económica ortodoxa fue posible a costa de minimizar o expulsar del ámbito de sus preocupaciones los aspectos sociales, ambientales, institucionales, o de género, muchas veces de difícil traducción monetaria. Y aunque en los últimos tiempos estamos asistiendo a algunos empeños de la economía convencional por extender indiscriminadamente la vara de medir del dinero hacia esas esferas que previamente se habían abandonado, el resultado pone de manifiesto las contradicciones irresolubles de estos planteamientos.

Sin embargo, a pesar de los intentos por marginar estos asuntos del discurso económico, siempre han existido corrientes de pensamiento que, en paralelo, se han alimentado de incorporar, precisamente, aquellos aspectos que la economía convencional se empeñaba en dejar por el camino. No es ninguna casualidad que sea desde finales de la década de los sesenta y toda la de los setenta del siglo XX cuando comiencen a unirse las trayectorias de aquellos preocupados por los efectos que sobre la sociedad y fundamentalmente sobre los hombres y mujeres más desfavorecidos se dejaba a su paso la actividad económica; y el camino seguido por los que intentaban restituir dentro de la esfera económica las preocupaciones antiguas por los límites físicos, los recursos naturales y la degradación ambiental. Enric Tello propone precisamente rescatar eficazmente esta pluralidad de enfoques que van desde la economía marxista y la postkeynesiana, hasta la economía ecológica, la institucional o la feminista que, muchas veces a contrapelo, han estado ellos mismos a menudo incomunicados. Y por eso los pone a dialogar desde el principio. Pues no sólo se trata de tender puentes entre economía e historia, o economía y ciencias de la naturaleza; sino también entre distintos enfoques (no siem-

pre críticos) de estudiar lo económico o lo social. Hay que tener en cuenta, pues, la amplitud de la “lista de invitados” al debate y la “agenda” de los temas a tratar. Las páginas de *La historia cuenta* proporcionan un saludable talante transdisciplinar y antidogmático que el lector atento a los matices, y preocupado por la honestidad de las argumentaciones sabrá valorar especialmente. “Para no caer en la insularidad de pensamiento —escribe nuestro autor— hay que leer y conversar con quienes no defienden las mismas ideas, pero tienen algo importante que decir” (p.15). Este planteamiento es el que, por ejemplo, le permite llamar la atención sobre textos de autores neoclásicos consagrados que —como Robert Solow en sus últimos años, o neo-institucionalistas como Douglas North, o B. Gustafsson—, matizan y desconfían de la bondad de las herramientas y enfoques a los que han dedicado lo mejor de sus vidas académicas.

El texto se divide en cuatro grandes capítulos, y para ese ir “desde el crecimiento económico al desarrollo humano sostenible” Enric Tello se apoya en un impresionante aparato bibliográfico, con el que trenza un discurso con muchas e interesantes aristas. El primero de los capítulos, más teórico-metodológico, hace honor al título del texto mostrando el contraste entre, por un lado, las limitaciones de los enfoques económicos e históricos atemporales y mecanicistas (la teoría económica convencional y la cliometría) y, de otra parte, las necesidad de incorporar los cambios evolutivos a las explicaciones de los procesos, mostrando así que *la historia cuenta* a la hora de explicar el resultado final. Si se parte de las irreversibilidades y desequilibrios de los fenómenos económicos y sociales, de la influencia y la dependencia de las condiciones iniciales y de la propia trayectoria en el resultado, el análisis se enriquece considerablemente. En caso contrario tendríamos —como ya denunciara Georgescu-Roegen hace casi medio siglo— una “teoría petrificada”. Esto obliga a abrir la lente y a entender, por ejemplo, la economía como un subsistema *abierto* que forma parte de un sistema más amplio como es la biosfera, con la que intercambia energía y materiales para su sostenimiento y cuyas leyes condicionan su propio desarrollo.

Tal y como explica el texto, uno de los resultados paradójicos es que, procediendo la historia económica de una tradición intelectual *evolutiva* casi por definición, desde finales de los años cincuenta tomara fuerza una fecundación entre economía teórica e historia económica que simplemente buscó la aplicación sistemática de los postulados neoclásicos a los hechos del pasado. La aparición de la “cliometría”, aunque ejerció un fuerte revulsivo inicial, dio alas a algunos economistas neoclásicos que veían con alegría cómo sus colegas historiadores les imitaban “retrospectivamente”, pero ello a costa de convertirse en una rémora para la necesaria reconstrucción intelectual. Hay en este capítulo jugosos párrafos en los que algunos autores neoclásicos como Robert Solow, o antiguas cliómetras como Deidre McCloskey, enjuician con dureza los resultados de aquella Nueva Historia Económica. La aparición en escena de autores como Douglas North, incorporando el análisis del papel de las instituciones y el cambio institucional, permitió hablar de “novísima” historia económica y de paso arrimar el ascua del institucionalismo a la sardina del enfoque neoclásico. Pero cuando estas

cosas se piensan en serio, el neoinstitucionalismo se acerca cada vez más a los planteamientos del viejo y sabio institucionalismo. Esto se refleja claramente en la evolución posterior del propio North.

Enric Tello convoca aquí varios testimonios de economistas que, en uno u otro momento de su carrera, han abogado por reconducir los derroteros de la teoría económica: Deidre McCloskey, Bo Gustafsson, Georgescu-Roegen, Nicholas Kaldor, Luigi Pasinetti, René Passet o Joan Robinson, sirven, entre otros, para refrescar la memoria de la resistencia al pensamiento económico dominante y enlazar, ahora sí, con algunas corrientes que recientemente se están mostrando muy activas en este empeño (por ejemplo, el movimiento para una economía post-autista).

Cuando uno lee las páginas de este libro se da cuenta que el esfuerzo de rescate histórico no es sólo meramente erudito, sino que tiene un propósito. Como “el banco de pruebas de la historia es una herramienta para orientar el cambio social”, al final del capítulo primero se proponen cinco temas clave para ser debatidos en un hipotético foro de discusión protagonizado, en este caso, por economistas e historiadores (p. 60). Son temas que constituyen una “agenda” que a todo científico social honesto debería interesar, a saber: 1) el establecimiento de una teoría de las necesidades humanas que permita ordenarlas y diferenciarlas claramente de los bienes y servicios utilizados para su satisfacción; 2) el estudio y caracterización de los diferentes marcos previos donde realizan sus elecciones los agentes económicos y las reglas de acceso a los mismos; 3) el papel desempeñado por el marco institucional en sentido amplio en los resultados económicos; 4) repensar el papel del mercado y el Estado junto a las demás formas de interacción social en la reproducción económica; y 5) la posibilidad de elección social (o falta de ella) y su papel en el crecimiento económico, la equidad, el bienestar y su capacitación para el desarrollo humano. Hincar el diente a estas cuestiones equivale a perseguir uno de los objetivos declarados del libro, y que es propuesto en sintonía con lo expresado por David Harvey en sus *Espacios de esperanza*: repensar radicalmente la cadena completa de mediaciones o “de sustentación” que van “desde el cuerpo a la globalización”, y así ayudar a construir otra cadena que redunde en objetivos más igualitarios social, económica y ecológicamente. Conectar, en definitiva, “los *micromotivos* individuales con las *macroconductas* observadas”. Y explicar hasta qué punto la expansión del crecimiento económico se ha traducido —o no— en desarrollo humano, y cómo ello ha influido en la utilización de recursos energéticos, materiales y territorio haciendo cada vez más insostenibles ecológicamente los comportamientos económicos.

Con estos mimbres, Enric Tello explora con trazo firme las implicaciones de las cinco tareas descritas. Y lo hace, en primer lugar, desenmascarando la noción de *Homo oeconomicus* que se encuentra detrás del enfoque dominante, destacando acertadamente dos aspectos: 1) que detrás de cada *Homo oeconomicus* hay una mujer, y 2) que sus actuaciones se desarrollan en un entorno ambiental del que capta los recursos y al que expulsa los residuos de sus actividades de producción y consumo. El primer aspecto es coherente con el empeño por rescatar

aquellas dimensiones que, por no entrar en línea de cuenta mercantil, fueron desechadas por el enfoque dominante. El libro hace una valiente y sólida reivindicación de las aportaciones de la economía feminista (Antonella Picchio, María Ángeles Durán, Cristina Carrasco, etc.) en su tarea de desvelar, por ejemplo, cómo el tiempo de trabajo de las mujeres dobla al de los hombres en el cómputo total —y triplica al de éstos cuando se trata de tareas no remuneradas como el trabajo en el hogar o el cuidado de la familia— pero, *precisamente por ello*, apenas llega a la mitad cuando hablamos de trabajos remunerados mercantilmente. Ésta desigualdad es un incentivo para que entre en juego el Estado a través de políticas públicas: “entre el mercado y las familias *las políticas públicas son imprescindibles* porque el mercado no puede ni debe resolverlo todo, y el trabajo de reproducción y cuidado que hoy por hoy realizan mayoritariamente las mujeres tampoco puede sostenerlo todo. Se trata de un planteamiento muy interesante del papel del Estado, bastante alejado tanto de ciertas visiones marxistas muy esquemáticas que han tendido a reducirlo a un mero órgano al servicio de una clase dominante, como de la visión ultraliberal que lo contempla con permanente suspicacia por su supuesta propensión a padecer hipertrofia” (p. 69). Pero el individualismo del *Homo oeconomicus* no solo ha velado la importancia del trabajo de la mujer y la contribución de la Naturaleza. Enric Tello realiza en este libro una lectura a la altura de los tiempos de algunas argumentaciones de Georgescu-Roegen sobre la importancia económica fundamental de la *comunidad* y de antiguas instituciones como la aldea campesina a la hora de satisfacer las necesidades humanas con independencia de los avatares mercantiles.

Así pues, cuando se reconoce que las necesidades del *Homo oeconomicus* van mucho más allá de la esfera mercantil, se da pie a plantear una teoría general de las necesidades humanas que haga énfasis en aquello que compartimos como miembros de una única humanidad, con independencia de las culturas que habitemos. El autor nos recuerda los esfuerzos de autores como Doyal, Gough, Max-Neff, Sen o Nusbaum, por introducir este debate y la importancia de distinguir entre necesidades (comunes y universales) y satisfactores de esas necesidades, o las reglas de acceso a los recursos, y su relación con las dimensiones existenciales de *ser, tener, hacer o estar*. A partir de estos elementos desarrolla una serie de esquemas (figuras 7, 9, 10 y 45) que me parecen de especial claridad, relevancia y valor pedagógico, al mostrar tanto la parte visible como la “invisible” de las mediaciones. En ellas representa y reconstruye la cadena de sustentación que conecta los sistemas de sostenimiento de los individuos (recursos naturales, familiares o públicos), con las reglas de acceso a los mismos, y a los bienes y servicios que funcionan como satisfactores de las necesidades. Esto redundará en un fortalecimiento de las capacidades que influyen finalmente en el bienestar o malestar, esto es, en el desarrollo o subdesarrollo humano.

El siguiente capítulo del libro (pp. 163-267) se dedica a analizar el fenómeno del “desarrollo” desde una óptica que el economista crítico sabrá valorar, pues le proporciona datos y argumentaciones *históricas* para discutir el fundamento real de tesis a menudo polémicas, a saber: la Curva de Kuznets, las relaciones tor-

mentosas entre capitalismo y democracia, o la falsa idea de que el crecimiento requiere de la desigualdad previa de ingresos que incentive la producción. Se traen oportunamente a colación los trabajos de Williamson, Kalecki, Hirschmann, o Mumford en un esfuerzo por desmontar varios tópicos que el enfoque económico convencional sigue manteniendo en las facultades de Economía, sin preocuparse por su base histórica. Son estas páginas donde se proporcionan valiosas herramientas para mostrar cómo las sendas del desarrollo económico que hemos vivido no eran inevitables y que el crecimiento económico no tiene que desembocar precisamente en la revolución industrial y todo lo que ha venido más tarde.

Pero la historia del siglo XX establece que cualquier estrategia de *desarrollo humano* para ser factible debe ser también ecológicamente sostenible. Entre otras cosas porque la satisfacción de las necesidades y la promoción de las capacidades pueden ser muy diferentes en la intensidad y utilización de energía, materiales y territorio. Enric Tello muestra aquí un dominio apreciable de la literatura más relevante procedente de la economía ecológica que se ha encargado de dotar al concepto de “sostenibilidad” de operatividad, más allá de la retórica oficial o del juego proporcionado por indicadores monetarios más o menos ingeniosos. Como la economía es un sistema abierto que forma parte de un sistema más amplio (biosfera), la sostenibilidad aparece también como una cuestión del *tamaño o escala* del sistema económico dentro de esa biosfera. Y para medir el tamaño desde esta óptica caben dos posibilidades: en términos físicos o territoriales. Es decir: a través del estudio del metabolismo económico (flujos de energía y materiales que una economía capta del ambiente y devuelve en forma de residuos), o bien utilizando indicadores como la huella ecológica, que traducen ese utilización de recursos en espacio ambiental necesario para satisfacer el modo de producción y consumo de las poblaciones. En el capítulo cuarto se discuten las ventajas y limitaciones de esta aproximación, así como algunos de los resultados más importantes alcanzados por las recientes investigaciones. Además, en el debate sobre los indicadores (físicos o monetarios) para informar sobre la sostenibilidad ecológica, comparto con razón el juicio concluyente de Enric Tello: “Para dar cuenta de la sostenibilidad o insostenibilidad ecológica *global* son los parámetros biofísicos los que *cuentan* (p. 301)”. No querría terminar este parte de la reseña sin comentar una distinción terminológica —que me ha parecido de gran valor— acuñada en las páginas de este libro en relación con la eficiencia en el uso de recursos y el “productivismo”. Es cierto que la crítica ecológica de la economía siempre ha denunciado el afán “productivista” del sistema económico dominante. Sin embargo, como nos sugiere Tello: “El desarrollo sostenible no sólo no es enemigo de la productividad, sino que convierte la mejora de la eficiencia *global* (o eco-eficiencia) en una de sus principales divisas. Lo que discute es la ampliación ilimitada de la escala, es decir, del trasiego global de recursos y residuos. Por tanto es contrario al ‘*produccionismo*’, no al ‘*productivismo*’ bien entendido” (p. 251).

En todas las páginas del libro, en fin, brota el interés por hacer económica y humanamente visibles aquellos aspectos que una teoría económica especialmente estrecha de miras ha ocultado de forma deliberada. Pero tal vez sea el esfuerzo sincero por incorporar la vertiente feminista lo que inicialmente más llame la atención en un texto escrito por *un* historiador económico. Y digo *inicialmente*, porque aquellos que conozcan la trayectoria de Enric Tello sabrán que esta preocupación es simplemente una consecuencia de la coherencia *entre el decir y el hacer* en su vida académica y su actividad ciudadana desde hace muchos años. Por eso, en la última parte del libro, se cede la palabra a un epílogo firmado por Anna Bosch, Cristina Carrasco y Elena Grau que complementa y remata de manera convincente varios de los argumentos expresados en las páginas anteriores. Se trata de una bien trabada reflexión que tiende puentes entre feminismo y ecologismo en varios e interesantes aspectos que importan a las dos corrientes. Pues ambas comprenden el sistema socioeconómico como algo abierto la contribución de la Naturaleza y del trabajo (en sentido amplio) y no sólo mercantil, y tanto para la economía feminista (del cuidado) como para la economía ecológica tienen mucha relevancia las “transacciones” no monetarias al margen del mercado. Precisamente esto es lo que lleva a las autoras del epílogo a proponer un interesante indicador que —por analogía con la huella ecológica utilizada por los economistas sensibles a las cuestiones ambientales— van a denominar “huella civilizadora”, es decir: “el tiempo, el afecto y las energías amorosas necesarias para obtener la calidad de vida, la seguridad emocional y el equilibrio psicoafectivo imprescindibles para que una población definida con un nivel de vida específico tenga garantizada su continuidad generacional” (pp. 340-341). Naturalmente, de igual modo que ocurría con el indicador ecológico, aquí también se pueden detectar (y se detectan) “déficit civilizadores” para determinados subconjuntos de la población (en especial los hombres), “en la tarea común de participar en la sostenibilidad humana y social”.

La conjunción de ambas aportaciones (el texto completo más el epílogo) son el resultado de un esfuerzo intelectual que ha sido probado también en la práctica de los movimientos sociales. Los autores saben de lo que hablan porque también intentan hablar de lo que hacen. Por eso tienen sus páginas un valor adicional. Un valor que, al mostrar la manera en que *la historia cuenta*, nos convence también de que “el futuro no está decidido”.

Óscar Carpintero
Universidad de Valladolid